

Una forma de hombre, ya no un cuerpo, que caminaba penosamente por un paraje seco, pelado y frío, se acercó a la figura sentada bajo el único árbol a la orilla del río. Una barca flotaba inmóvil amarrada al árbol. El árbol estaba desnudo de hojas, desguarnecido y era escuálido; se alzaba en el aire como un esqueleto sorprendido en el acto de contraer sus huesos. Cuando la forma se acercó a pocos pasos de ella, la figura se irguió de pronto. Era un anciano alto y fornido y llevaba una capa andrajosa anudada al cuello; esperó y observó al recién llegado con ojos llamantes: era la figura de una persona sin edad, de larga barba y cabellera blancas. El espectro del hombre anduvo los pasos que faltaban con evidente fatiga y, al llegar ante el anciano, se estremeció. El recién llegado era una forma de hombre de edad madura atacado por una lividez casi transparente, pero no un viejo. Estuvo contando tiempo en silencio mientras recuperaba el aliento. El cielo incoloro reflejaba la tierra. Al cabo de un momento, aquella alma levantó la cabeza y preguntó, como si le costara un gran esfuerzo:

—¿Es éste el lugar donde vive la Muerte?

—Éste es —repuso la figura.

—En tal caso —dijo el alma del hombre—, aquí es adonde vengo.

---

Una mujer de mediana edad que dormitaba en una butaca de orejas ante la ventana de su habitación abrió los ojos y los volvió a cerrar, muerta de cansancio. Sin embargo, algo se dibujó y tomó forma allí a través del intervalo de luz, algo que se introdujo allí por esa percepción infinitesimal de la realidad. A pesar de su no-deseo, volvió a abrir los ojos con esfuerzo y lo único que advirtió fue una densa formación de nubarrones enzarzados unos con otros retorciéndose en el pedazo de cielo que la ventana enmarcaba. Volvió a cerrar los ojos. Volvió a abrirlos porque aquello no era lo que le había extrañado antes; entonces lo que vio fueron los ojos chispeantes, la nariz afilada, la finísima perilla, el entrecejo burlón y el cabello planchado desde lo alto de una frente despejada e interesante. No había razón para aceptar que estaba viendo lo que estaba viendo, pensó con los ojos cerrados de nuevo, la mirada borrosa y el semisueño podían ser engañosos. Pero la imagen aún vívida de la geométrica relación entre la frente y la barbilla del personaje, un extraordinario triángulo invertido en el que lucía una sonrisa tan atractiva como su mirada, la obligó a reflexionar sin levantar los párpados —como si, ante la curiosidad que se iba abriendo paso en su mente, prefiriese guardar todas sus opciones antes de tomar una decisión tan grave como la de interrumpir un descanso necesario que la hacía casi inmune a cualquier otra dedicación—. También imaginó que era un sueño, que aún se hallaba en el hospital soñando que dormía después de

---

haber ocupado de atender las horas que desgraciadamente fueron finales de Julián. Aquellas horas habían pasado en un estado de somnolencia constante y después, por fin, rendida al sueño, había despertado en lo que le pareció la mitad de la noche, pero que era la primera luz de una oscura madrugada, debido al ajetreo que de repente invadió la habitación, y así fue como supo, aún atontada, que a Julián le había llegado la muerte por una crisis repentina. Luego, sin transición, recordó que alguien se ofrecía a acompañarla a casa, pero eso tuvo que ser después de que su hermana apareciese por la habitación donde había pasado la noche en duermevela sin percatarse de que la muerte velaba con ella; su hermana tomó de su cuenta las gestiones funerarias e Inmaculada lo agradeció tanto. Estaba agotada y deprimida; de hecho, no recordaba haber vuelto a casa después de que su hermana la dejara postrada en la sala de espera contigua, desfallecida. Sin embargo, debía de haber vuelto a casa, porque estaba en su casa y todo lo que se encontraba a su alrededor era propio; y lo notaba especialmente a través de un sentimiento: el de que este espacio propio la hurtaba sin el menor género de dudas al ámbito de la muerte que durante la noche se había volcado sobre ella, desde el momento impreciso en que del semisueño pasó al sueño que la apartó de su vigilia y de sus titubeantes pensamientos hasta el desenlace inesperado y fatal. La que ahora veía era su ventana, pero un ser extraordinario se agitaba entre ambas, la ventana y ella. Volvió a abrir los ojos irremediabilmente desvelada y el hombre estaba allí, ahora sentado en la otra butaca, cómodamente dispuesto a acompañarla como si no tuviera otra cosa que hacer ni un plan más apetecible que ése. El hombre fumaba y ella extendió la mano para empujar hacia él un cenicero, pero el cenicero no estaba en la mesita auxiliar donde solía. Levantó la vista desconcertada y lo en-

contró posado en el brazo de la butaca que ocupaba el hombre; éste sonrió entonces con encantadora prontitud y ella volvió a cerrar los ojos. En este punto recordó su figura en la sala de espera, su compañía, su gentileza durante el tiempo en que se quedó sola, porque no se sentía capaz de hacer el menor esfuerzo y su hermana y su cuñado eran quienes se estaban haciendo cargo de las necesidades del difunto en el exterior de aquella extraordinaria campana de cristal en que se había convertido el óbito para ella. Y aquel personaje era el que había irrumpido en el zumbante vacío de la campana para rescatarla de la estupefacción. El desconocido.

---

El barquero detuvo al alma con un gesto y después señaló al suelo en una muda invitación al asiento. El espectro del hombre se dejó caer muy lentamente. Su actitud, encogido sobre sí mismo, reflejaba un gran cansancio, pero su alma cintilaba atemorizada, como una medusa suspendida dentro de aquel cuerpo impreciso. Al cabo de unos minutos, pareció querer sacudirse el cansancio de encima y se decidió a hablar.

—Barquero —preguntó al otro—, ¿qué debo hacer ahora? —y sin esperar respuesta añadió—: ¿Adónde vamos? ¿Qué hay más allá de esta orilla? No sé bien cómo he llegado aquí, no recuerdo el camino.

—Me permito decirle que esa pregunta es ingenua o torpe. Yo aguardo aquí, de este lado del río, hasta que los deudos del alma de que se trate hayan concluido sus honras fúnebres. Sólo entonces puedo llevar a cabo el embarque y la travesía. Ha de saber que aquellas almas que no reciben honras fúnebres deben vagar por muchos años hasta que yo pueda admitirlas en mi barca. Afortunadamente no es su caso, pero su cuerpo se encuentra aún en la sala funeral y sus familiares y amigos se disponen a reunirse en torno a usted. Tenga paciencia y espere su momento. No hay prisa.

—Me siento como si acabara de despertar de un sueño, pero no soy impaciente —dijo el alma, y dejó caer la cabeza en señal de abatimiento—. Es todo tan extraño... —murmuró al cabo—. Y la Muerte, la Muerte... ¿Fue la

Muerte la que me despertó? Lo digo por hablar, ya no tiene importancia. Debería lamentarlo o sentirme triste. No lo lamento. No me entristece. Pero aún me hago preguntas. Estoy resignado. Aquí, en este camino de resignación, aún me hago preguntas. ¿Por qué me acompañan hasta aquí?, me digo. ¿Por qué no me desprendo de ellas como de mi cuerpo mortal?, me digo. No lo entiendo.

—¿Resignado? ¿Usted resignado? —dijo el barquero dibujando en su rostro una cómica mueca de asombro—. ¿Preguntas? —dijo después. En su voz oscura y seca había un claro acento desdeñoso.

---

—Discúlpeme un momento, en seguida estoy con usted —dijo la mujer y abandonó su butaca mientras el hombre se incorporaba ligeramente en ademán de cortesía.

Se dirigió al cuarto de baño con avidez, apresurada por observar su aspecto, que encontró deplorable: cara de sueño, color macilento, pelo revuelto, ojos hinchados, arrugas en la blusa. ¿Se había quedado dormida ante el desconocido? No recordaba que la hubiera acompañado a casa. La extrañeza se cruzó con un escalofrío y la mueca que provocó ese cruce la impresionó tan vivamente que se impuso la necesidad de recomponer su rostro antes que nada. Estuvo retocándose hasta que la tranquilidad volvió a ella, un meticuloso trabajo para borrar la primera faz con la que encaró el espejo; después abandonó la idea de ducharse y pasó al dormitorio, se cambió y volvió a enfrentarse a sí misma, esta vez en la luna del armario ropero. El armario de su madre le pareció de repente un artefacto desproporcionado con la habitación y por eso mismo sintió que había un antes y un después de la muerte de su marido, como lo hubo con su madre, una línea de separación muy reciente y, sin embargo, nítida y firme, como si hubiera estado aguardando desde tiempo atrás a ser percibida. Lo mismo había sentido ante la muerte de su madre, sentada en la silla de brazos junto a la cama, de cara al armario que reflejaba su figura sentada en la silla de brazos, y se preguntaba, ése era un recuerdo nítido, qué hacía ella allí, inútil, observándose mientras esperaba

---

a que la muerte acabara su trabajo, aguardando que sucediera algo no distinto, en el fondo, a lo que acababa de suceder con Julián, aquellos dos últimos días de vela en que se turnaba con su hermana sólo para dar tiempo a lo que en principio no era más que una espera inevitable; quizá era ése su destino ante la muerte: esperar que se llevara a los demás, esperar sin más, como una pieza de un escenario al que se sentía ajena porque ni entonces ni ahora había sentido dolor sino obligación, una actitud irremediable y molesta, una vigilia estupefacta y consentida, al término de la cual se levantaría y se alejaría caminando de regreso a casa. En todo recuerdo hay también un cierre, un final implícito, y el armario pertenecía a un tiempo pasado y a la muerte que cortó el hilo del tiempo; su marido lo detestó desde que ella lo trajo a casa y lo instaló en el dormitorio. Ahora el dormitorio pertenecía al antes también. ¿Qué había ocurrido de pronto? Aunque la convicción era muy viva no buscaba preguntas sino sensaciones, y comprendió: no habría preguntas; ella lo quería, a su marido, porque se había acostumbrado a él desde hacía mucho tiempo. De repente un dolor real entró en el campo de su conciencia y se alejó porque no quiso pensar en ello. La muerte no era un rechazo, no era el olvido, no era una esfumación; era otra cosa; era el armario. Acababa de aceptar con toda naturalidad que dejaría de estar ante sus ojos camino de un guardamuebles en cuanto pudiera ocuparse de ello. Lo había situado allí como un trofeo, pero al carecer de sentido su presencia resultaba inútil. O quizá era que, al mirarse al espejo recién arreglada, se estaba desprendiendo de lo que fuera el marco de su imagen de siempre, porque también de niña se colaba en el dormitorio de su madre para contemplarse. Ahora vio a la mujer de cincuenta y dos años y cerró la hoja con lentitud y precisión, como si con ese ademán guardara una vida. Luego volvió



---

al cuarto de baño para arreglarse el pelo. Se había puesto un traje sastre oscuro que no era de luto. En el plazo de una hora tendría que salir para el Tanatorio, pero antes debería ofrecer algo al desconocido, un café, un té, una copa quizá. El sueño había evaporado el cansancio; en cierto modo, su marido también se había evaporado; cuando un final, aunque imprevisto, firma el término de su penoso trayecto, lo primero que sucede al agotamiento, al exceso, es un desahogo reparador y, sin duda, egoísta, pero el egoísmo se concibe entonces como un merecimiento personal y una inconsciente felicitación de los circunstantes y del círculo afectivo. Ahí era donde se había evaporado Julián —pensó— aunque aún debiera velarlo y enterrarlo; se había evaporado de su alma desde un nefasto suceso cuyo recuerdo moría ahora con él, sin lugar a dudas, y con él el sentimiento, que era ya tan pálido, casi transparente, como se figuraba la cara y las manos de su marido dentro de la urna. Sin embargo, a intervalos, empezaba a sentir el efecto de un nudo en la garganta.

El teléfono empezó a sonar de golpe y enérgico, y ella se apresuró a cogerlo, como si se sintiera culpable de la estridencia.

—¡Hijo, por fin! ¿Dónde estás?

---

—Me pregunto... —empezó a decir el alma—. Pero yo he vivido aparte, en un país aparte. Tal vez mi vida ha sido un largo sueño del que he despertado bruscamente, pero en ese caso ha sido como un sueño inofensivo. Yo no merezco estar aquí, aún tengo que despertar, eso es lo natural y no la muerte. La muerte del durmiente no es la continuación del sueño. Tiene que haber un plazo, un espacio entre medias.

—Es un comentario muy frecuente el suyo, yo tengo experiencia sobre ello. Teme usted haber vivido en vano, ¿no es así? —el barquero pareció interesarse por la tribulación del alma que hablaba, pero no mudó de posición; seguía allí quieto, paciente, imperturbable.

—Me he desprendido tan bruscamente de la vida, de los amigos, de mi familia, de mis afectos, del mundo, pero el miedo me hace dudar, por eso pregunto. ¿Hasta dónde me acompañará el miedo? ¿Más allá de esa corriente oscura que usted guarda? ¿También allí habrá de seguirme o se detiene ante esa puerta? Y ¿qué será de ellos, de mis miedos, cuando ya nada quede de mí? ¿Regresarán a la vida para atormentar a otro? Creo, señor, que estoy desesperado y preso de una gran congoja que me hace padecer mucho, como puede usted ver; no tengo calma porque el temor es mi única compañía en este trance. ¿Hay compañía más cruel que ésta? Tiene que saber que he muerto de golpe, sin sentirlo, y eso es injusto. ¿No pudo haber, siquiera, un adiós lento, un tiempo de espera, un espacio

para la compasión? ¿Todo ha quedado atrás y estoy ante la nada?

Las lágrimas brotaban de sus ojos y corrían por el vago rostro lívido, casi transparente. El barquero inclinó la cabeza como si se dispusiera a hacer alguna consideración, aunque ningún otro ademán siguió a éste.

—¿Qué ha sido de mi vida? —se oyó decir al alma entre sollozos. Se había cubierto el rostro con la forma de las manos en un gesto que no era de vergüenza sino de desesperanza. A su lado, el barquero permanecía impassible. El tiempo no transcurría entre ambos. Sólo la trabajosa palpitación del alma por sus lágrimas alteraba la apariencia de eternidad del silencio.

No había pena en su llanto, sino una grave desolación.